

La finalización de los conflictos

Resumen

La guerra es, como decía Clausewitz una actividad del espíritu. Pero la paz también, si bien supone una primacía de la razón. Guerra y paz son conceptos vacíos que hay que explicar para que tengan realmente algún significado. La lógica que impera en ellos es transformativa, dialéctica y además encarna una contradicción: el objetivo de toda guerra es la paz. La transformación de los conflictos es clave.

Palabras clave

Guerra, paz, conflicto, justicia.

The end of conflicts

Abstract

As Clausewitz said, War is an activity of the spirit. But peace also, although it supposes a primacy of reason. War and peace are empty concepts that must be explained so that they really have some meaning. The logic that prevails in them is transformative, dialectic and also embodies a contradiction: the goal of every war is peace. Transformation of conflicts is a key issue.

Keywords

War, peace, conflict, justice.

Escribía Bathélemy: «Toda guerra concluye por donde debió empezar..., por la paz¹. A ello añade Manuel Fraga la guerra de Troya tuvo lugar, es cierto; pero un diplomático piensa siempre en evitarla o, al menos, en retrasarla. Y después de empezada, en terminarla, aunque sea con lágrimas en los ojos»².

San Agustín definía la paz como la «tranquilidad en el orden» y entendía el orden como la disposición en su lugar de las cosas semejantes o dispares. Etimológicamente «la palabra paz, del latín pax, es un derivado de pacari, apaciguar, y este a su vez de la raíz pac, de la que procede la palabra pacto. Al ser la paz un pacto entre partes expresa el acatamiento a la convivencia, sea esta aceptada de buen grado o impuesta»³.

La paz «concepto tan ambiguo como apetecible, tan inasequible según parece, como realmente buscado»⁴, se encuentra inexorablemente ligada a la guerra como lo estaban entre sí las puertas del templo de Jano. Y es que si es cierta la afirmación de Mac Arthur «no hay sustituto para la victoria, también resulta válida la afirmación de Eisenhower no hay nada que sustituya a la paz». Ambas expresan dos modos distintos de aproximarse al problema. El primero supone la primacía de lo militar, mientras el otro encarna la primacía de lo político. Brodie suma a esta reflexión el que

«Las guerras han tendido, desde la antigüedad, a tener un inicio claro y súbito, y un final igualmente claro y súbito... en los periodos siguientes a las guerras la reconciliación ha sido muy rápida y notablemente generalizada. En las épocas dinásticas, no era difícil..., pero hemos visto algo muy similar en tiempos modernos cuando han participado pueblos enteros»⁵.

La paz es un concepto vacío que no significa nada y que hay que rellenar para que aporte algo. No procede pues arrodillarse, una actitud genuflexa, en su nombre. Puede ser la perpetuación de una injusticia. Un conquistador es un amante de la

¹ DÍAZ DE VILLEGAS. *La guerra revolucionaria*. Madrid: Ediciones Europa 1963, p. 51.

² FRAGA IRIBARNE, Manuel y RODRÍGUEZ-MOÑINO, Rafael. *Los fundamentos de la Diplomacia*. Barcelona: Editorial Planeta, 1977, p. 25.

³ DE SALAS LÓPEZ, Fernando. *La utopía de la paz y el terror de la guerra*. Colección ADALID. Servicio de Publicaciones del EME, p. 23.

⁴ D'ORS, Álvaro. *De la guerra y de la paz*. Madrid: Editorial Rialp 1954, p. 23.

⁵ BRODIE, Bernard. *Guerra y política*. México: Fondo de Cultura Económica 1978, p. 223.

paz, toma lo que quiere y a continuación asevera ser atacado. La paz es la consolidación de su proceder.

La paz queda así entre lo prometéico y la aporía. Nietzsche⁶ considera un sueño quimérico, propio de utopistas, esperar lo todo de la humanidad pasada la guerra; pero nada puede devolver la energía que aporta a los pueblos extenuados. Luttwak va más lejos y afirma: «Sí la paz no indujese la guerra, no habría guerra, ya que esta no puede perpetuarse a sí misma»⁷. De hecho, hay autores que consideran más adecuado hablar de una guerra permanente solo interrumpida por treguas de corta duración a las que se denominan paz⁸ y buscan complejas fórmulas que permitan, como los ciclos de ondas de Elliot, establecer las leyes de su recurrencia. Hacer la guerra para asolar un territorio, cuando conquistar una parte ya basta para forzar la negociación o hacer a toda la población objetivo de la guerra, es una desproporción de los medios ya que estos no pueden relacionarse con los fines que ignora la naturaleza instrumental y limitada de la guerra. La paz quedará así definida como resultado no solo de la fuerza sino también de las concomitancias físicas, ideológicas y tradicionales; si estas no son tenidas en cuenta y son sustituidas por la venganza y el abuso flagrante, se está en un terreno de peligro⁹.

El objetivo de la guerra es pues la paz, no la justicia concepto este distinto de aquel. Pero una paz duradera solo puede alcanzarse desde la justicia, entendiendo esta como la propia del momento del conflicto. De hecho, Aron¹⁰ habla de dos tipos de paces; una paz dictada tras una victoria decisiva o negociada cuando ninguna de las partes ha sido derrotada. A ella se ha añadido un nuevo tipo de paz: la paz impuesta (*peace keeping operations*).

El mismo hecho de que el fin de la guerra sea la paz, encarna una contradicción dialéctica insuperable siempre que no se aniquile al enemigo, lo cual a su vez supone una contradicción ética igualmente insuperable, al menos actualmente en Occidente. La paz es así una solución de compromiso y se encuentra permanentemente y por definición en un estado precario que solo el tiempo permite consolidar.

⁶ NIETZSCHE, Frederich. *Humano, demasiado humano*. Madrid: Akal 1996, p. 217.

⁷ LUTTWAK, Edward N. *Parabellum*. Torrejón de Ardoz: Siglo XXI de España Editores 2005, p. 99.

⁸ SALAS LÓPEZ, Fernando de. *La utopía de la paz y el terror de la guerra*. *Op. cit.*, p. 36.

⁹ LAMA CERECEDA, Juan A. de la. «Prólogo a la edición española». Fuller, J. F. C. *La dirección de la guerra*. Madrid: Ediciones Ejército 1984, p. 11.

¹⁰ ARON, Raymond. *Pensar la guerra, Clausewitz*. T. II. Madrid: Ministerio de Defensa 1993, p. 47.

Y es que decía Clausewitz: «La victoria es la esencia de la lucha; pero nunca puede ser su objetivo fundamental. El objetivo final es... el tratado de paz esperado que resolverá el conflicto y supondrá un acuerdo mutuo»¹¹. Lo que complementa Michael Walzer cuando afirma que «La incapacitación bélica del enemigo, no es otra cosa que un medio al servicio de la política, y se ordena en última instancia a recuperar las condiciones en las que la acción política pacífica puede poseer validez y eficacia»¹². La explotación del éxito, consumir el triunfo hasta el final, también tiene sus costos.

Si el objetivo de la guerra es la paz, esta nueva paz debe ser distinta de la paz original e implicar una nueva situación de equilibrio más estable. A decir del general Sherman¹³, el objetivo legítimo de una guerra es una paz más perfecta. Por eso Bismarck tras la guerra francoprusiana decía: «Hay un límite más allá del cual la importancia de Francia en Europa no debe disminuir... este límite fue respetado, me parece a mí, en el Tratado de Frankfurt»¹⁴.

Liddell Hart, para el que el prestigio de la victoria no debe servir para justificar la prolongación de una guerra, de las enseñanzas que extrae de la Primera Guerra Mundial concluye que la terminación de un conflicto debe asegurar no la revancha o la venganza sino la paz futura, lo que convierte en los mejores acuerdos a los negociados; en palabras de Kissinger:

«Al tratar al enemigo derrotado, los vencedores diseñando un acuerdo de paz deben lograr la transición de la intransigencia indispensable para asentar la victoria a la conciliación necesaria para lograr una paz duradera»¹⁵.

Esto no constituye un contrasentido, porque se llega a la guerra como resultado de una situación de bloqueo en los planos diplomático, jurídico... y tras un esfuerzo conducente a establecer una situación que no suponga una nueva amenaza ni despierte futuras ambiciones ni tampoco impulse a cambio alguno¹⁶. En palabras de Shakespeare: «Un cielo tan perverso no se aclara sin tormenta».

¹¹ CLAUSEWITZ, Carl Von. *De la guerra*. T. II. Ministerio de Defensa 1999, p. 693.

¹² WALZER, Michael. *Just and unjust wars*. Nueva York: Basics Books 1992, p.110.

¹³ FULLER, J. F. C. *La dirección de la guerra*. *Op. cit.*, p.107.

¹⁴ PÉREZ TUDELA BAEZ, José María *et al.* *Historia del mundo Contemporáneo*. Madrid: Editorial Edinumen 1992, p. 68.

¹⁵ KISSINGER, Henry. *Diplomacy*. Nueva York: Simon & Schuster Paperbacks 1994, p. 80.

¹⁶ De la Lama Cereceda, Juan A. «Prólogo a la edición española». Fuller, J. F. C. *La dirección de la guerra*. *Op. cit.*, pp. 8 y 9.

Tradicionalmente, las fórmulas de terminación de las guerras van desde la capitulación incondicional materializada en fórmulas como *entregarse a la piedad del pueblo romano* —encarnado por el célebre *vae victis*¹⁷ que pronunciara el caudillo galo Brenno— hasta la simple aceptación de un tratado más o menos desventajoso. Es lo que se ha venido a llamar la paz cartaginesa, que no elimina las causas del conflicto y pretende solo ser una pausa en su desarrollo, que se considera inevitable¹⁸.

Resulta llamativo que el final negociado de muchas guerras lleve a las partes a aceptar posiciones intermedias que habían rechazado antes por considerarlas contraria a su dignidad e intereses. Los combatientes vuelven así a sus posiciones psicológicas de partida una vez agotados los sentimientos de agresividad¹⁹.

Sobre la mecánica en que se llega a acuerdos, Kissinger reflexiona y apunta a que «La posición negociadora de los vencedores siempre disminuye con el tiempo... el bando más débil solo tiene la opción de ganar tiempo contra un adversario que considera que las negociaciones se van desarrollando según su propia lógica interna»²⁰. Vattel sostiene:

«Un tratado de paz solo puede ser un compromiso. Si tuvieran que observarse en él las normas de estrictas y rígida justicia, de forma que cada una de las partes recibiera todo aquello a que tuviera un justo título, resultaría imposible concertar jamás una paz... ¿Cómo puede establecerse una recta estimación de todos los daños?... una estricta justicia exigiría además, que el causante de una guerra injusta habría de sufrir un castigo proporcional a los daños que deba reparar... incluso aquel que tiene la justicia de su lado, puede haber trasgredido los límites de una justificable defensa propia... sería terrible perpetuar la guerra hasta la destrucción de una de las partes... no nos queda más remedio que llegar a un

¹⁷ «¡Ay de los vencidos!». Frase legendaria pronunciada por el caudillo galo Brenno mientras arrojaba su espada sobre el platillo de la balanza que contenían las pesas con las que se fijaba el rescate que debían pagar los romanos sitiados en el Capitolio por su liberación y que ellos reputaban de falsas.

¹⁸ FULLER, J. F. C. *La dirección de la guerra*. Op. cit., p. 208. Escribía Keynes: «Si pretendemos deliberadamente el empobrecimiento de Europa central, me temo que la venganza no dejará de producirse. Nada podrá evitar entonces en mucho tiempo, una guerra civil entre las fuerzas de la reacción... una contienda que superará en horror a la última guerra con Alemania, y que, sea quien sea el vencedor, resultará extremadamente destructora».

¹⁹ ALONSO BAQUER, Miguel. *Lecturas de Sociología Militar*. Documento de Trabajo Escuela de Guerra Naval. Biblioteca del CESEDEN B22C1.

²⁰ KISSINGER, Henry. *Diplomacy*. Op. cit., pp. 269-272.

compromiso en cuanto a todas las reivindicaciones y reparaciones de las partes, poniendo fin a las disputas mediante un convenio tan recto y equitativo como permitan las circunstancias... Llegándose a un simple acuerdo en que cada una debe recibir en extinción de sus reclamaciones»²¹.

Normalmente, a lo largo de la historia, han sido muy escasos los supuestos de aniquilación total de los enemigos (como implicaba el mandato bíblico en la conquista de la tierra prometida, el *herem*). En las guerras de Primera Generación, había un bando vencedor y un bando vencido; un tratado ponía fin a las hostilidades y se establecían los términos del acuerdo que diera salida a las partes.

La situación final deseada es siempre un nuevo equilibrio de poder, que en ocasiones puede consistir en el regreso al *statu quo* anterior al conflicto. No obstante, puede ser un estadio transitorio previo a la aparición de un nuevo enfrentamiento. El escenario psicológico de los contendientes puede ser determinante para el resurgimiento del conflicto o su extinción definitiva.

Sin embargo, desde la Revolución francesa se inició una tendencia que ha llevado a que actualmente existan conflictos cuya terminación no se ha establecido mediante acuerdos o rendiciones formales; prueba de ello es lo sucedido, por ejemplo, en el caso de las guerras de Irak o con el acuerdo técnico-militar con las Fuerzas Armadas yugoslavas con el que, de facto, se puso fin al conflicto de Kosovo. Es más, no hubo ningún tratado que pusiera fin a la Segunda Guerra Mundial y esto es lógica consecuencia del componente inercial de las guerras y también de las complejidades de las relaciones entre aliados.

Y es que las guerras de Segunda Generación, al implicar a la sociedad en su conjunto, tienen la gran desventaja de que esta no se da por satisfecha con cualquier resultado, la nación en guerra se vuelve voraz y salvaje, una nación en armas alimentada por una propaganda agresiva no es fácil que alcance una paz duradera, haciendo muy difícil que se alcance compromiso alguno. Las guerras se transforman en una suerte de cruzadas alimentadas por la santa intolerancia. Por eso Fuller decía:

«Los tratados de paz impuestos a los vencidos eran, generalmente, tan poco razonables, que no se trataba más que de precarios armisticios, los vencidos

²¹ Fuller, J. F. C. *La dirección de la guerra. Op. cit.*, p. 23.

firmaban solo por coacción y con la debida intención de repudiarlos a la primera oportunidad»²².

Lo que un pueblo no se aviene a conceder no puede plasmarse en un tratado (y por tanto no se suscribe, con todos los peligros y la inseguridad jurídica que se deriva), y si se plasma tiene muchas posibilidades de resultar un *diktat*. La crítica que hace Keynes a los tratados de Versalles en su obra *Las consecuencias económicas de la paz* es célebre. Tras cifrar en 2.000 millones de libras la capacidad de pago alemana concluye:

«La política de reducir a Alemania a la servidumbre durante una generación, de envilecer la vida de millones de seres humanos y de privar a toda una nación de felicidad, sería odiosa y detestable aunque fuera posible, aunque nos enriqueciera a nosotros, aunque no sembrara la decadencia de toda la vida civilizada de Europa... El Tratado no incluye ninguna disposición para lograr la rehabilitación económica de Europa; nada para colocar a los imperios centrales derrotados entre los buenos vecinos, nada para dar estabilidad a los nuevos Estados de Europa; nada para levantar a Rusia ni para promover una solidaridad económica estrecha entre los aliados mismos»²³.

Se apostó pues por la desintegración política y económica, algo que no se podía mantener eternamente, en vez de por la integración, como se haría tras la Segunda Guerra Mundial. La constatación de estas afirmaciones dio a Keynes el reconocimiento propio de un profeta. Resultaba muy difícil detener a un pueblo al que se había movilizado a través del odio. Fuller apuntaba a que ello se debió «a un fracaso en entender que la guerra es un instrumento de la política. No sabían cómo hacer la guerra y no supieron hacer la paz. Veían en la guerra un juego mortal cuyo premio era la victoria»²⁴.

En esta línea, Schmitt consideraba que el Tratado de Versalles no era propiamente un tratado de paz, puesto que debió complementarse con otros tratados y acuerdos como el plan Dawes, el Tratado de Locarno, el ingreso en la Sociedad de Naciones... combinando un idealismo que culpabiliza al pueblo alemán con un economicismo que le despojaba de modo ilimitado²⁵.

²² FULLER, J. F. C. La dirección de la guerra. *Op. cit.*

²³ PÉREZ TUDELA BAEZ, José María *et al.* *Historia del mundo Contemporáneo. Op. cit.*, p. 93.

²⁴ FULLER, J. F. C. *La dirección de la guerra. Op. cit.*, pp. 210 y 283.

²⁵ SCHMITT, Carl. *Teoría del partisano*. Madrid: Alianza Editorial, 1991, p. 70.

El conjunto de tratados con el que se puso fin a la Primera Guerra Mundial suponen una modificación sustancial del Tratado de Westfalia —firmado en 1648 y que ya había sido retocado por el Congreso de Viena (1815)— no solo se encuentran en los orígenes de la Segunda, sino que ha estado detrás de las guerras balcánicas, del Líbano, Israel, la guerra de Irán e Irak...

Galtung distingue entre una paz positiva y una paz negativa. La paz positiva es una visión amplia ligada a la justicia y a la ausencia de violencia estructural, mientras la negativa está meramente ligada a la ausencia de violencia física.

Aron estima que las condiciones de paz establecidas por Roosevelt en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, la rendición incondicional, estuvieron condicionadas por la actuación de Wilson durante la Primera Guerra Mundial: comprometerse con el Estado enemigo sin destruir su ejército para permitir que luego fuera despojado²⁶. Esto muestra la contradicción existente en una guerra entendida como continuación de la política, ya que obliga a emplear una fuerza extrema lo que condena al Estado a la debilidad durante la posguerra²⁷.

El problema de las nuevas guerras es que estas ya no se libran entre ejércitos convencionales, sino entre fuerzas no completamente estructuradas, vertebradas en torno a un discurso. Por ello existe un problema a la hora de encontrar interlocutores con legitimidad suficiente para emprender un proceso de negociación, ello sin entrar en el margen que tienen para su desarrollo, que dependerá del nivel de vertebración que haya alcanzado.

No es suficiente destruir un ejército desde el aire (guerras de Tercera Generación), ni siquiera lo es ocupar militarmente después el terreno. La clave para la paz en estos casos pasa por desactivar el discurso primero, y por acabar después con la cultura de violencia que se ha instalado en las sociedades y que implica a un segmento significativo de la misma.

Nada es sencillo en el ser humano, sino contradictorio. Con la guerra, la necesidad bien biológica o psicosocial de resarcimiento, se acaba transformando; pero esto no sucede de forma automática e instintiva, ya que en el ser humano los valores, la jerarquía y las preferencias mediatizan los impulsos²⁸. Fuller utilizando a Ferrero habla del «error psicológico de imaginar que las grandes victorias contribuyen a

²⁶ ARON, Raymond. *Pensar la guerra, Clausewitz*. T. II. *Op. cit.*, p. 115.

²⁷ *Ibidem*, p. 12.

²⁸ VV. AA. *Aspecto de las guerras*. Conferencia para el X Curso de Estado Mayor.

asegurar la paz cuando en realidad, hacen más difícil cuando no imposible su consecución»²⁹.

Es interesante la evolución experimentada por la población serbia de Belgrado ante los bombardeos OTAN. Su actitud inicial de desafío (con conciertos en la calle o gente durmiendo en los puentes para evitar su bombardeo) fue poco a poco sustituida por el cansancio físico y el psicológico. Al final, muchos tan solo deseaban la terminación del conflicto de cualquier forma.

En general, el pueblo acepta más fácilmente cualquier tipo de medida radical si cree que está orientada a reconducir la situación. Es el momento de las grandes transformaciones. Sirva como ejemplo el caso de la Turquía de Atatürk capaz de cambiar no ya las leyes, la forma religiosa del gobierno o las costumbres, sino hasta el propio alfabeto o el vestido; y la estética es un elemento altamente significativo que denota una radical voluntad de cambio.

Y es que la derrota genera una suerte de complejo, en palabras de Ibn Jaldún:

«Los vencidos siempre tratan de imitar a sus vencedores en sus ropas, insignias, creencias, y otros usos y costumbres, porque los hombres están inclinados a atribuir perfecciones a aquellos que los han derrotado y subyugado... si esta creencia dura tiempo se transformará en una convicción profunda y conducirá a la adopción de las creencias de los vencedores»³⁰.

La psicología de la frustración encarna retorcidos razonamientos. Así sucede cuando la Alemania guillermina capitula en la Gran Guerra sin haber sido vencida y sin que buena parte del pueblo alemán conozca realmente la situación en que se encuentra el frente bélico, después de haber suscrito un armisticio tras el cual no podía volver a poner en marcha la maquinaria de guerra.

Sus élites esperaban poder beneficiarse de alguna manera de los catorce puntos promulgados por el presidente Wilson sobre los que había anunciado que iban articularse los acuerdos de paz, por contra se les culpabilizó de la guerra y se les exigió, sin embargo, la rendición incondicional. La dureza de los acuerdos de Versalles sembrará la semilla de la Segunda Guerra Mundial, por el deseo de revancha y resarcimiento que genera entre los alemanes que no se sentían vencidos pues el frente bélico aún no se había derrumbado.

²⁹ FULLER, J. F. C. *La dirección de la guerra. Op. cit.*, p. 38.

³⁰ JALDÚN, Ibn. *Teoría de la sociedad y de la historia*. Charles Issawi, selección, prólogo e introducción. Caracas: Unidad Central de Venezuela 1963, p. 76.

Otro ejemplo es el caso de Italia, que solo contaba con algunas colonias conseguidas en 1912 tras una guerra frente a un debilitado Imperio otomano. Italia tomó parte en la Primera Guerra Mundial del lado de los aliados buscando como recompensa obtener satisfacción a sus demandas territoriales; sin embargo, su esfuerzo no se vio recompensado en la medida de sus expectativas obtuvo el Alto Adagio, (Tirol del Sur), Trieste, ciertas áreas de Istria y Dalmacia, pero ningún territorio en África³¹.

Surgía así el mito de la victoria hurtada. Posteriormente, el régimen de Mussolini explotó este sentimiento de frustración italiana que culminó con la invasión de Abisina (actual Etiopía); la inhibición de las grandes potencias ante este hecho, se encuentra entre las razones que llevaron al fracaso de la Sociedad de Naciones.

Otro caso lo sirve Portugal, que pretendía unir sus colonias de Angola y Mozambique, pero chocó con los intereses del Reino Unido, su *más antiguo aliado* que buscaba lo mismo pero en sentido norte-sur. El resultado, obviamente fue desfavorable para Portugal y ocasionó que, durante un breve tiempo, apareciesen ideas iberistas que postulaban la unión a España.

La destrucción de las fuerzas norteamericanas en Pearl Harbour daba a la flota japonesa un dominio temporal del Pacífico Oeste, pero hacía altamente improbable la renuncia de los EE. UU. a la victoria, convirtiendo una guerra que, por parte de Japón, se pretendía limitada en total³².

En el otro extremo está el caso de Egipto. La humillante derrota sufrida en la guerra de los Seis Días llevó inevitablemente a la guerra del Yom Kippur. En esta guerra, que Egipto denomina «la Victoria de Octubre», se impuso la sensación psicológica de que habían ganado, —aunque realmente acabó con un empate técnico, forzado por las superpotencias— lo que posibilitó la posterior apertura de negociaciones fructíferas de paz con Israel. Un Egipto en el que prevaleciese el sentimiento de derrota y humillación, nunca habría podido firmar la paz.

Caso distinto es el fin de la Segunda Guerra Mundial, en la que la exigencia aliada de una rendición incondicional era, a juicio de Liddell Hart, un enfoque demasiado directo que motivó una tenaz resistencia del lado alemán. Alemania fue derrotada,

³¹ PARKER, R. A. C. «El siglo XX». Tomo I. *Europa 1918-1945*. Madrid: Siglo XXI Editores 1993, pp. 26 y ss.

³² ARON, Raymond. *Paz y guerra entre las naciones*. Madrid: Alianza editorial 1985, p. 56.

más que por cualquier otra cosa por el espacio, al sostener líneas de frente excesivas³³.

Luttwak por su parte apunta la conveniencia de que las guerras ardan hasta extinguirse para, una vez exhausta la población, construir la paz más fácilmente, ello lo expresa con la idea de darle *una oportunidad a la guerra*³⁴. Detenerse a mitad del camino supone, a su juicio, congelar el conflicto y permitir a las partes emplear la tregua para rearmarse y repensar sus estrategias³⁵. Es más, apunta al hecho de que la ayuda humanitaria puede favorecer a una de las partes o prolongar un conflicto haciendo mayor el sufrimiento al impedir que se alcance la victoria y concluya la guerra.

El fracaso de un Estado puede producir una intervención armada internacional, pero también una intervención internacional —y el caso de Irak, y hasta de Pakistán pueden ser paradigmáticos— puede producir el fracaso de un Estado al sustituir un Estado inestable y no democrático por otro fallido. Y es que, como apunta Stepanova³⁶ la violencia armada se perpetúa a sí misma y se enraíza tan profundamente que puede no terminar o decrecer significativamente después de la disputa que la desencadenó. Y esto sucede tras un conflicto armado que debilita, sino destruye, a un Estado cuya característica principal es el monopolio de la violencia.

Fethersten muestra cómo la resolución de un conflicto muchas veces supone la aplicación no coercitiva de los métodos de negociación y mediación por un tercero con vistas a hacer desaparecer el antagonismo entre adversarios y favorecer un cese duradero de la violencia³⁷. No obstante, Kofi Annan recordando algunos fracasos catastróficos tras la negociación de acuerdos de paz, como fueron los casos de Angola en 1993 y Ruanda en 1994, aseguraba que «para prevenir los conflictos debemos asegurarnos que los acuerdos de paz se apliquen de manera sostenida y sostenible»³⁸.

³³ LIDDELL HART, B. H. *Estrategia: la aproximación indirecta*. Madrid: Ministerio de Defensa 1989, p. 303.

³⁴ BAUMAN, Zygmunt. *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica 2006, p. 199.

³⁵ LUTTWAK, Edward N. *Parabellum*. *Op. cit.*, p. 96.

³⁶ STEPANOVA, Ekaterina. «Un patrón para el estudio de los conflictos armados». VV. AA. *Una mirada al mundo del siglo XXI*. Ministerio de Defensa 2008, p. 44.

³⁷ DAVID, Charles-Philippe. *La guerra y la paz*. Barcelona: Icaria 2008, p. 335.

³⁸ DOMÉNECH OMEDAS, José Luis. «Aspectos conceptuales, legales y de organización». *Actuación de las Fuerzas Armadas en la consolidación de la paz*. CESEDEN 2007, p. 26.

Consecuentemente, ya desde el inicio de las guerras de Segunda Generación derrota militar ha sido asociada con cambio de régimen político. Como resultado y mayormente tras la Segunda Guerra Mundial, se fortaleció una tendencia hacia el compromiso del vencedor con el vencido; como decía d'Ors:

«La contienda misma va trabando vínculos de unidad, y al final el Estado vencedor llega a supeditar a su soberanía, aunque sea provisionalmente al Estado vencido, con el fin de modificar su estructura y su régimen jurídico y político interior... los contendientes no se consideraron recíprocamente independientes, sino que, cada uno por su parte, se vino considerando como representante de un hipotético orden de justicia universal superior... de ahí que una vez terminada la tensión militar, el contendiente victorioso... Se esfuerce por aplicar al vencido una norma de aquella justicia superestatal superior... la guerra (es así) la persecución de un delincuente de lesa humanidad»³⁹.

Al vencido, ya no se le abandona a su suerte y el vencedor se implica en la restitución de las condiciones de paz y equilibrio, asegurando su buena gobernanza, pero también abandonando el *principio de no injerencia*, se compromete en el desarrollo de la vida política del vencido.

En este marco un conflicto está gestionado cuando se encuentra encauzado, terminado cuando hay un acuerdo entre las partes y resuelto cuando se atiende a sus causas profundas⁴⁰. Transformar un conflicto resulta así clave para propiciar su resolución.

No se trata ya de vencer sino también de convencer, de *vencer con*, es decir de repensar la victoria y transformarla en un episodio común y de mutuo beneficio. La paz pasa por la desactivación del elemento discursivo del que se alimenta la guerra. La guerra y la paz, parafraseando a Clausewitz, son actividades del espíritu y ambas pertenecen a la política que es su rectora y razón.

Federico Aznar Fernández-Montesinos
Analista del IEEE

³⁹ D'ORS, Álvaro. *De la guerra y de la paz*. *Op.cit.*, pp. 24 y 25.

⁴⁰ DAVID, Charles-Philippe. *La guerra y la paz*. *Op.cit.*, p. 335.